

## LA IZQUIERDA NORTEAMERICANA

**A**l tratar sobre Estados Unidos y su papel en la historia política internacional contemporánea es común encontrar argumentaciones que pretenden apuntar fallos y carencias dentro de la democracia estadounidense. Sustentadas en un patológico antiamericanismo, el cuestionamiento de la democracia norteamericana se realiza sobre la base del endeble argumento de la carencia de un espacio político para la “izquierda” dentro del sistema político de Estados Unidos. Tales reproches resultan erróneos o, cuando menos, cuestionables, pues una mirada atenta a la evolución de la historia política de Estados Unidos desmiente tal argumentación y confirma que sí existe realmente una izquierda política en Estados Unidos, acaso no tan arraigada o asentada como en otros países del mundo, pero sí mucho más presente de lo que se piensa. Vaya por delante, sin embargo, nuestra convicción de que ha sido precisamente la capacidad de la mayoría del pueblo norteamericano para no optar por los radicalismos de la izquierda política lo que ha posibilitado alcanzar una incomparable libertad y prosperidad en el seno de la sociedad y la vida política norteamericana. Aclaremos que aunque usemos aquí el término unívoco de “izquierda”, resultaría más propio el de “izquierdas”, dada su heterogeneidad y diversidad y a cuya definición atenderemos después.

---

Alberto Acereda es catedrático universitario y director asociado del School of International Letters and Cultures de Arizona State University (EEUU), miembro de la Academia Norteamericana de la Lengua Española y director de *América's Daily*.

Los datos comparativos sobre el progreso, el bienestar y la libertad política entre las diversas naciones del mundo confirman que el sistema político dentro del que conviven hoy trescientos millones de estadounidenses es el que ofrece la más próspera forma de vida del planeta y el que permite a sus ciudadanos –el auténtico sujeto político de la nación norteamericana– el poder disfrutar de la mayor libertad en el mundo. Tales logros pasan por una ciudadanía que en su gran mayoría tomó partido para acabar con los sistemas políticos más opuestos a la libertad humana, o sea, las variantes del marxismo en su ligazón comunista y socialista, incluida la formulación de democracia socialista o socialdemocracia. El hecho de que la mayoría de los norteamericanos hayan ido rechazando consistentemente esos posicionamientos de la izquierda radical no ha impedido, sin embargo, que parte de esas izquierdas políticas hayan sido capaces de infiltrarse en ciertos ámbitos públicos y políticos, algunos de los cuales son hoy más que comprobables en la vida política norteamericana.

Dada la amplitud del tema, este artículo pretende únicamente ofrecer al lector interesado unas notas generales sobre lo que juzgamos son algunos de los rasgos de esa amalgama de posiciones ligadas a la izquierda norteamericana. La explicación particular y detallada de los paradigmas de la izquierda en la vida política requerirá de mayor espacio, por lo que aquí daremos unas notas introductorias. Sostenemos como hipótesis que aunque no podemos hablar en esencia de una izquierda política norteamericana unificada, sí existen indicios que corroboran la existencia de varios intentos serios desde grupos ligados a la izquierda ideológica de crear y desarrollar en Estados Unidos una base social y política. Esa ligazón a ideologías de la izquierda internacional no son en Estados Unidos dinosaurios extinguidos, sino realidades vivas, más o menos desarrolladas, que no pueden ser vistas como curiosidades históricas, ni tampoco como reliquias del siglo XX o como piezas de museo. Son, muy al contrario, peligros potenciales para el ideario liberal-conservador y, a nuestro juicio y a la larga, para la auténtica libertad y la democracia en Estados Unidos. Disminuir la importancia de la presencia de la izquierda ideológica en la vida pública y política norteamericana es una de las tácticas propias de las izquierdas, conscientes de la importancia de realizar una labor callada, disimulada, aparentemente democrática que despiste al acomplejado centrismo político

y también cuente con la complacencia de la derecha. El objetivo final de las izquierdas internacionales es desbancar paulatinamente a Estados Unidos como superpotencia mundial a través de un acoso lento pero efectivo de los valores y el sistema político norteamericano.

No resulta difícil entrever ciertas agendas políticas actuales propiciadas desde la izquierda en las que se esconden algunos de los radicalismos más nefastos. Tras los fallidos intentos de la izquierda norteamericana durante el siglo XX, consideramos que la actual situación geopolítica generada por el 11-S ha abierto la puerta a un nuevo intento de crear otra nueva izquierda norteamericana para el siglo XXI. Es por ello que, lejos de hipérbolos y alarmismos innecesarios, consideramos que nunca como ahora desde el fin de la Guerra Fría ha estado la izquierda política tan organizada y tan viva en Estados Unidos. Ignorar esa realidad es contribuir a la velada táctica de la misma izquierda de ir minando pacientemente por dentro y por fuera las bases del sistema político norteamericano.

## DE CONCEPTOS E HISTORIA

El significado de las palabras “izquierda” y “derecha” ha cambiado a lo largo de la historia y según sus geografías y contextos políticos. En el caso de la “izquierda”, aquí nos referimos a una amplia gama de posicionamientos ideológicos cuyas variantes giran en torno a ideas ligadas a las variantes pasadas y actuales del comunismo y el socialismo. Como ya apuntamos al ofrecer una visión transatlántica hispano-norteamericana de las izquierdas, sostenemos que éstas, en cuanto constituyen orientaciones ideológicas surgidas en la época moderna, se configuran sobre la base de la negación de la derecha liberal, entendido este concepto en el ámbito del liberalismo clásico. El lector español conocerá ya la diferencia existente entre “liberal” en acepción española y un “*liberal*” en acepción norteamericana y actualmente más ligada en Estados Unidos con el progresismo que con el liberalismo clásico. Las dos palabras tienen una misma raíz y hacen referencia a los principios básicos del liberalismo clásico: el de la creencia en la primacía del individuo, la distinción entre la sociedad civil y el Estado político, la ley natural y los derechos naturales, la igualdad polí-

tica y el gobierno limitado, la propiedad privada y el libre mercado. El término “liberal”, en una definición razonable debería usarse para describir a toda persona tolerante y que cree en el libre mercado, en las instituciones y en el individuo, por encima del intervencionismo del Estado o los favoritismos de grupos basados en falaces conceptos de raza, género o clase. Los antecedentes de ese concepto del liberalismo clásico conectan con lo que ya en 1776 constituyó la Declaración de la Independencia de Estados Unidos, en un paso desde una visión filosófica a una forma política y económica que encontró también una proyección en las Cortes de Cádiz y en los liberales españoles. Es así cómo toda la historia de Estados Unidos es la del paulatino avance y triunfo de una democracia liberal, con un notable progreso industrial, calidad de vida y ampliación de las libertades individuales. ¿Cómo entonces el concepto de “liberal” en Estados Unidos pasó a identificarse no con el Gobierno limitado sino con el estatismo, con el intervencionismo gubernamental y, en fin, con las izquierdas políticas? La explicación está en que desde finales de los años sesenta y durante la década de 1970, “liberal” en inglés acabó adquiriendo una connotación negativa al ser adoptada por los activistas de las tendencias de izquierdas, quienes se definían a sí mismos como “*liberals*” (en parte para distanciarse a sí mismos de sus errores ligados al socialismo y al comunismo). La cultura mediática norteamericana, siempre tan progresista, sonriente y ciega a ese engaño, acabo favoreciendo la costumbre de que la palabra “izquierda” (“left”) o “izquierdista” (“leftist”) desapareciera del léxico político y fuera sustituida por “*liberal*”. Todavía hoy, pese al advenimiento de la blogosfera y la llamada “New Media”, cuando uno observa el espectro de vocablos empleados por la mayoría de los medios de comunicación en Estados Unidos, se habla de “*liberal*” refiriéndose al progresismo de las izquierdas, “moderate” como centrista, y “conservative” como conservador, pero apenas se mencionaba la palabra “left”, como si la izquierda no existiera o fuera marginal. Es por eso, entre otras razones, que la nomenclatura del “liberalismo” fue adoptada por las izquierdas en un intento táctico que es hoy todavía visible y que confunde más que aclara.

Los orígenes de la izquierda norteamericana propiamente dicha pueden remontarse a finales del siglo XIX y los inicios del XX. Desde distintas perspectivas, Mari Jo Buhle ya elaboró la más completa enciclopedia sobre la izquierda norteamericana y James Weinstein realizó una interesante histo-

ria del tema. En español, el lector puede remitirse al libro de Susana García-Cereceda López, quien estudió con detalle los primeros pasos de la izquierda en Estados Unidos. Hasta la década de 1920 había razones para pensar que la izquierda norteamericana florecía. Antes de 1914, por ejemplo, el “Socialist Party” contaba en Estados Unidos con 125.000 afiliados y una pequeña pero interesante representación en alcaldías y aun en el Congreso. En 1912, su figura principal –Eugene V. Debs–, obtuvo el 6% del voto popular. En años posteriores, sin embargo, el declive fue notable debido a las diferencias internas y a la falta de claridad de sus líderes a la hora de definirse como fuerza política. En la década de 1930 la amalgama de las izquierdas en Estados Unidos adquirió cierta fuerza, sobre todo al calor de los intentos de los diversos “frentes populares” del socialismo y del comunismo. Al igual que ocurrió en Europa, el comunismo buscó crear un movimiento amplio en Estados Unidos. Sin estar explícitamente ligado al modelo soviético, los comunistas desarrollaron una base política y social que se infiltró en el Partido Demócrata y particularmente en estados como Washington, Minnesota y California, así como en el “American Labor Party” en Nueva York. Sus intentos de crecimiento fallaron y el “Socialist Party” finalizó esa década en una lamentable situación y en medio de peleas contra las facciones trotskistas, dividido en discernir si valía la pena o no seguir apoyando a los candidatos del Partido Demócrata. En torno al “New Deal” se lograría, sin embargo, generar una coalición de izquierdas que se mantuvo de uno u otro modo a lo largo del siglo XX.

Por otra parte, los comunistas norteamericanos reunidos en torno al “Communist Party” contaban en 1938 con un número de afiliados cercano a los 100.000, cifra que aumentaría en los años en torno a la Segunda Guerra Mundial y gracias a la alianza norteamericana y soviética para acabar con la amenaza fascista de Adolf Hitler. El fin de la guerra en 1945 y el inicio de la Guerra Fría supusieron un serio debilitamiento de la izquierda en Estados Unidos. Aun así, en las elecciones de 1948, los grupos de izquierda crearon un frente electoral conocido como el “Progressive Party”, que incluía a su candidato Henry Wallace, opuesto abiertamente a la Guerra Fría contra Josef Stalin. Durante las investigaciones del Congreso sobre las actividades encubiertas del Partido Comunista, sus líderes aparecieron ante las comisiones del Gobierno proclamando su patriotismo y describiéndose

como ávidos defensores de la libertad de expresión y de la democracia. En realidad, hoy sabemos que aquel Partido Comunista era una organización dedicada a quebrantar en su misma base el sistema político norteamericano. Su objetivo no era otro que la creación de una dictadura del proletariado y la eliminación de la libertad de expresión de aquellos que se veían como la clase social enemiga. En la década de los años cincuenta, hechos como la Ley Smith (“Smith Act”) y la propia denuncia de Nikita Khrushchev sobre los crímenes del estalinismo generaron en Estados Unidos un justificado rechazo a la farsa comunista. Los ciudadanos norteamericanos que habían simpatizado con el comunismo y que no habían cuestionado las políticas soviéticas, percibieron paulatinamente con claridad la naturaleza antidemocrática del estilo soviético del socialismo y el rasgo dictatorial y autoritario de dicho movimiento. Para 1956 el Partido Comunista en Estados Unidos se desintegró, pero una nueva ola de activismo radical empezaba a nacer en la década de los sesenta.

Varios movimientos civiles, apoyados en cuestiones de discriminación racial, económica y laboral florecieron en esa década ligados a protestas estudiantiles, movimientos pacifistas y de cambio social. Uno de los vehículos más importantes fueron los grupos universitarios ligados al SDS (“Students for a Democratic Society”), vía sobre la que se fue organizando lo que ya para entonces se empezó a llamar la “Nueva Izquierda” (“New Left”). En los años sesenta tuvieron lugar varios hechos que favorecieron la ampliación de esa nueva izquierda: el asesinato del presidente John F. Kennedy, la matanza de varios activistas de derechos civiles en el Sur o la situación de la Guerra de Vietnam. Esta última guerra propició el nacimiento de un amplio movimiento de izquierdas apoyado en un supuesto carácter pacifista y antibelicista. La realidad es que aquellos jóvenes radicales tenían poco de pacifistas pues ellos mismos realizaron protestas estudiantiles, barricadas callejeras y confrontaciones violentas que generaron altercados de considerable importancia en unos años difíciles y hasta trágicos. Mezclados con esos grupos, aparecían otros colectivos ligados al movimiento *hippy* y a otros círculos de supuesta liberación femenina y sexual. El asesinato de Martin Luther King en 1968 radicalizó todavía más a algunos de estos grupos y el excesivo sectarismo de muchas de estas organizaciones de la Nueva Izquierda empezó a verse con mucha preven-

ción por parte del pueblo medio norteamericano. El movimiento contra la Guerra de Vietnam se mantuvo vivo varios años pero perdió su sentido ya con la firma de los Acuerdos de Paz en París en 1973. Los jóvenes de la Nueva Izquierda y sus más cercanos políticos ligados al Partido Demócrata parecían estar perdiendo fuelle, según mostraban las victorias del Partido Republicano y del candidato Richard Nixon, presidente en 1968 y de nuevo en 1972. Para conocer de primera mano la percepción de la izquierda norteamericana en esos mismos momentos, el lector español puede comparar los libros de Jack Newfield y Christopher Lash, que fueron curiosamente traducidos ambos del inglés y se publicaron en España al filo de 1970.

El caso “Watergate” y la caída de Nixon no se vieron sucedidos por un éxito y revitalización de la Nueva Izquierda, sino por unas elecciones ajustadas en 1976 que llevaron a la presidencia, por muy escaso margen, al candidato demócrata Jimmy Carter. En esas mismas elecciones, sin embargo, la suma de votos alcanzados por candidaturas de representantes ligadas a grupos de izquierda y al socialismo no alcanzó ni el 0.25% de votos del electorado (sólo 100.000 votos entre los 80 millones que se escrutaron). En ese ambiente, la estancia de Carter en la Casa Blanca entre 1976 y 1980 se ha considerado como uno de los períodos más débiles políticamente para Estados Unidos. El error Carter llevó al triunfo de Ronald Reagan en 1980, momento en el que los Estados Unidos eran la única nación democrática industrializada en la que la ciudadanía no había elegido a las Cámaras de Representantes a ningún candidato independiente socialista ni tampoco a ningún representante sindicalista. Los dos triunfos consecutivos de Reagan, por amplísimas mayorías, supusieron la victoria del movimiento conservador en Estados Unidos, punto de partida de lo que fue la nueva revolución americana, cuya historia ha sido relatada con ejemplar acierto y conocimiento por José María Marco.

En particular, dos fueron las organizaciones de izquierda que buscaron recrear un espíritu político de tinte socialista por el que reflexionar en los errores pasados y crear un plan para el futuro. Nos referimos al Comité Organizador Socialista Democrático (DSOC, “Democratic Socialist Organizing Committee”) y al Nuevo Movimiento Americano (NAM, “New

American Movement”). El primero lo había fundado Michael Harrington a partir de algunos fragmentos del viejo socialismo y comunismo, a modo del ala izquierdista de la antigua coalición del “New Deal”. Se trataba de una fuerza explícitamente socialista dentro de los movimientos obreros y sindicalistas ligados al Partido Demócrata. En esos años de los setenta y ochenta, el DSOC se dedicó a buscar líderes jóvenes y figuras ligadas al sindicalismo como William Winpisinger, la feminista Gloria Steinem, el activista pro-derechos *gay* Harry Britt, el actor Ed Asner y el congresista californiano Ron Dellums, el primer socialista aceptado en el Congreso desde la Segunda Guerra Mundial. El segundo grupo (NAM) surgió paralelamente, aunque más ligado a la Nueva Izquierda que a la vieja guardia comunista. Escépticos ante el futuro real de la vieja coalición del “New Deal”, su centro de acción se enfocó más en las novedades de los movimientos de los sesenta, especialmente el radicalismo feminista, la liberación de los grupos *gays* y de lesbianas, la organización de comunidades locales y la protesta general sobre la reivindicación a favor de un Gran Gobierno y en torno a la discriminación de las minorías.

Se trataba, sin embargo, de dos organizaciones similares que pronto reconocieron la necesidad de unirse a causa de la creciente debilidad de la izquierda norteamericana. Su fusión tuvo lugar en 1983 bajo el nombre organizativo de los Socialistas Demócratas de América (DSA, “Democratic Socialists of America”). En esa organización, todavía hoy vigente y que cuenta con unos 10.000 miembros, se unieron los antiguos socialistas y comunistas, los viejos izquierdistas y los de la Nueva Izquierda, así como todo un conglomerado de activistas de variopinta condición. La vieja desunión de las izquierdas norteamericanas se transformaba así en una unión más compacta, al menos en apariencia. La débil tradición de la izquierda norteamericana se mantuvo, por tanto, durante los años setenta, en una década de tinte colectivista, y luego en los ochenta, pese a los aplastantes triunfos presidenciales de Ronald Reagan. Esa misma izquierda sobrevivió como pudo en los ochenta y también en los noventa, pese al “Contrato con América” impulsado por Newt Gingrich y que desde 1994 –en medio de la presidencia de Bill Clinton– fue dando triunfos a la derecha en las dos Cámaras de Representantes. A día de hoy, la DSA es la filial en Estados Unidos de la “Internacional Socialista”, la organización mundial que reúne a casi un

centenar y medio de partidos socialistas, socialdemócratas y sindicalistas en todo el mundo. Su objetivo es construir lo que ellos denominan una “democracia socialista” sobre la base de movimientos “progresistas” para el cambio social estableciendo una abierta presencia socialista en las comunidades norteamericanas y en su política.

## **EL PARTIDO DEMÓCRATA Y LA IZQUIERDA NORTEAMERICANA**

Tres años después de la caída del Muro de Berlín, la izquierda norteamericana no se sintió tan incómoda al contemplar la pérdida de la presidencia de George H. W. Bush en favor de Bill Clinton. Desde 1994, sin embargo, la obtención de repetidas mayorías en el Congreso por parte de la derecha generó una permanente inquietud en los círculos de la izquierda que alcanzó su culmen con las elecciones presidenciales de 2000 y el triunfo de George W. Bush sobre Al Gore, como presidente con mayoría representativa en las dos cámaras del Congreso y el Senado. Las izquierdas norteamericanas aprovecharon los competidos votos de Florida, en noviembre de 2000, para iniciar una campaña contra George W. Bush y el Partido Republicano, ampliada después a partir de la Guerra de Irak.

La “Nueva Izquierda” parece haber renacido y ha ampliado así su lucha a las más variadas causas: la lucha contra la opresión y contra la pobreza, contra el supuesto imperialismo y el sistema económico capitalista norteamericano. Un ejemplo de esos contactos se observa en figuras de activistas políticos y su promoción de los derechos del consumidor, el feminismo, el humanitarismo, el fenómeno ambiental convertido ahora en la religión del “calentamiento global” y otras prácticas. Los distintos personajes de lo que puede llamarse la nueva “New Left” y de otros grupos e individuos coinciden en las críticas a la política exterior de Estados Unidos, que perciben como corporativista e imperialista y contrarias a los valores fundamentales de la democracia y los derechos humanos. En ese conglomerado cabría incluir un partido como el “Green Party”, con la figura de Ralph Nader, quien se presentó consecutivamente, aunque sin éxito, a las elecciones presidenciales por ese partido en 1996 y 2000 y

como independiente en 2004. A la hora de buscar paralelos históricos, vale remitirse al libro de Van Gosse en lo que constituye la mayor síntesis sobre aquella Nueva Izquierda de los años sesenta y setenta. Richard Rorty, desde un posicionamiento favorable al pensamiento de izquierdas, rastreó los orígenes de esta conciencia de culpa en las izquierdas y descubrió que en su esencia no había otra cosa que el conflicto entre la vieja y la nueva izquierda surgido durante la guerra de Vietnam. Así, Rorty describe cómo la paradójica victoria del movimiento antibelicista, que marcó el comienzo de la presidencia de Richard Nixon, empujó a una desencantada generación de intelectuales hacia la búsqueda de grandes teorías, lo cual la llevó a olvidarse de replantear el papel de las ideas en la vida cotidiana. En esta línea anda también la reciente colección de estudios sobre la “New Left” dirigida por el activista Dimitrios Roussopoulos, quien muestra una visión positiva de esa izquierda de acuerdo con los discursos populistas de lo que fue una concepción radical. Cabría contrastar esas páginas con las acertadas predicciones que sobre los errores de la “New Left” ya lanzó Ayn Rand a finales de los años sesenta, en su espléndido y recomendable libro publicado en 1971 y reeditado después varias veces. Algunas de las ideas de Rand sirven hoy para entender mejor las conexiones de aquella “New Left” con algunos de los posicionamientos en el siglo XXI. De hecho, Steven Malanga ha demostrado cómo la actual izquierda del siglo XXI es la heredera de la “New Left” de los sesenta. La diferencia es que se ha sustituido la ideología por la hipocresía y el cinismo de algunos de los actuales políticos del Partido Demócrata y grupos allegados. Aquellos *hippies* de los sesenta han ocupado hoy puestos de importancia dentro de los círculos más progresistas de la sociedad –desde Hollywood a las universidades– y otros se han infiltrado en una carrera política profesional. Ya no se habla directamente de marxismo, socialismo o comunismo, sino que todo pasa por la ampliación de programas gubernamentales a costa del dinero del contribuyente y la generación de una dependencia del individuo respecto del Gran Gobierno. El lenguaje de lo “políticamente correcto”, mezclado con la demagogia de la justicia social y la lucha contra la discriminación y la pobreza, se ha manipulado por parte de los sindicatos y organizaciones como la ACLU, que siguen siendo los baluartes de la izquierda y están cada vez más ligados al actual Partido Demócrata.

Prueba de la infiltración de la izquierda en el Partido Demócrata es el libro del mismo político demócrata, Zell Miller, titulado significativamente *A Party No More*. Cuando Miller concluyó su doble legislatura como Gobernador de Georgia contaba con el 85% de aprobación y el *Washington Post* le consideró el gobernador más apreciado y famoso de todo Estados Unidos. Conocedor durante varias décadas de los entresijos de su propio partido, Miller lanzó en su libro de 2003 un demoledor ataque demostrando que ya no era el partido que sostenía los valores demócratas. Expuso las inconsistencias y el paulatino asalto del Partido Demócrata por parte de las izquierdas. Desde la cuestión de los impuestos al control de armas, el medio ambiente, la educación, el terrorismo o la emigración, Miller desarboló las carencias del Partido Demócrata analizando las figuras de Jimmy Carter, de Bill Clinton y aun de John F. Kerry.

Los atentados del 11-S de 2001 y la acción militar de Estados Unidos en Afganistán y, sobre todo, en Irak, en 2003, sirvieron a las izquierdas para unirse todavía más e intentar desbancar al Partido Republicano del poder. La cuestión de Irak revivió los viejos reclamos de la izquierda en torno a la Guerra de Vietnam y fue el centro de la campaña presidencial de 2004 y de las elecciones intermedias de 2006. El movimiento de protesta contra la Guerra de Irak ha cambiado la cara del Partido Demócrata y de la política norteamericana en general. Los posicionamientos de las izquierdas radicales han influido en instituciones como el propio Partido Demócrata, cuyo origen tenía poco o nada de radical antes de los años 70. La necesidad de alcanzar triunfos electorales ha ido llevando al Partido Demócrata a aceptar agendas cada vez más ligadas ideológicamente a las izquierdas en un entramado que un antiguo marxista como David Horowitz ha destacado y denominado como otro partido en la sombra concebido y organizado principalmente por personajes como George Soros, Hillary Clinton y Harold McEwan Ickes –todos identificados con la izquierda del Partido Demócrata. En su libro, *The Shadow Party*, David Horowitz y Richard Poe documentan cómo la izquierda ha logrado secuestrar el que un día fuera el partido de Franklin D. Roosevelt, Harry Truman y John F. Kennedy. Recuérdese, en este sentido, que el origen del pensamiento “neoconservador” que llega hasta nuestros días (y tan injustamente demonizado) tiene uno de sus antecedentes en la insatisfacción en torno a 1970 de varios liberales

clásicos del Partido Demócrata, que se dieron cuenta de la deriva de la contra-cultura en la que estaba cayendo su partido, cada vez más echado a la izquierda y con figuras como el fracasado candidato presidencial George McGovern.

Herederos de ese vuelco a la izquierda, *The Shadow Party* prueba cómo los actuales activistas agrupados en torno al Partido Demócrata han creado una red de contactos bien apoyados y sustentados económicamente, que tienen mucho en común con la radicalización a la izquierda y que están creando un conjunto de poderosas organizaciones plagadas de un nefasto relativismo moral. Su objetivo final es desbancar a Estados Unidos como superpotencia mundial y hacerla depender de organizaciones como el Tribunal Penal Internacional o las Naciones Unidas. Horowitz y Poe exponen también los distintos grupos y organizaciones ligados al sector radical del Partido Demócrata: “Air America Radio”, “America Coming Together”, “America Votes”, “American Federation of Labor”, “Laborers International Union of North America”, “MoveOn.org”, “National Association for the Advancement of Colored People”, “NARAL Pro-Choice America” o “Vagina Votes”, por citar sólo algunos. En muchos casos, se trata de comités políticos calificados bajo la sección “527” que requieren menos control fiscal y en materia de impuestos, y que están apoyados por el multimillonario George Soros. El objetivo es promocionar a candidatos del Partido Demócrata que vayan radicalizando más aún hacia la izquierda el seno mismo de dicho partido.

Importa observar hoy que el grueso de la izquierda norteamericana no se autodefine como tal, y menos aún bajo etiquetas socialistas o comunistas; conoce el error de tomar esa vía al ser rechazada por la mayoría del pueblo norteamericano. Al contrario, y bajo demagógicas llamadas “progresistas”, la izquierda va tomando posiciones y agendas que resultan contraproducentes para el avance real de Estados Unidos y que tienen como base nefastas regulaciones medioambientales, protestas contra las acciones de la seguridad nacional, iniciativas para recortar presupuestos para el Ejército (no se olvide que ya Bill Clinton realizó inmensos recortes al respecto) y otras agendas que –como ocurre en el caso del activismo judicial– minan las instituciones norteamericanas. Al margen de las opiniones sobre

la Guerra de Irak, lo que resulta incomprensible es que los ataques que contra George W. Bush se escuchan en los países más controlados por las izquierdas (sea la Cuba castrista o sea la Venezuela chavista, por dar dos ejemplos) sean casi los mismos ataques que escuchamos en algunos de los líderes del Partido Demócrata y aun de candidatos presidenciales demócratas como John F. Kerry en 2004 o John Edwards en 2008. El paulatino secuestro del Partido Demócrata por parte de grupos cada vez más radicalizados a la izquierda, la nueva “New Left”, resulta un peligro inminente. Cualquier disidencia crítica interna es silenciada, como muestra el caso del senador Joe Liebermann.

La existencia real de unas agendas políticas de grupos de izquierda en Estados Unidos es comprobable si revisamos lo que han sido las últimas campañas presidenciales (2000 y 2004) e intermedias (2002 y 2006). En ellas se observa la transformación paulatina y nefasta hacia la izquierda más radical que está sufriendo el Partido Demócrata. Byron York ya dio cuenta de todo esto al explicar con detalle la extraordinaria maquinaria del *agit-prop* de la izquierda norteamericana. York desenmascaró ese movimiento al documentar la historia escondida por parte de los operativos radicalizados del Partido Demócrata. Entre los excéntricos propulsores de la izquierda estadounidense menciona a George Soros y a todo un grupo de intelectuales como Noam Chomsky, famosos ligados al cine y la televisión como Al Franken o Michael Moore. Con ellos, aparece el líder de la campaña del Partido Demócrata –Howard Dean– y, más o menos disimuladamente, hallamos senadores “demócratas” del pelaje de Robert Byrd (antiguo miembro del grupo racista y segregacionista *Ku-Klux-Klan*) y senadores como Nancy Pelosi, Harry Reid, Charles Schumer, Barbara Boxer, Patrick Leahy, Richard Durbin, Ted Kennedy, John F. Kerry y la misma Hillary Clinton, o sea, muchas de las figuras claves del actual Partido Demócrata. York detalla la amplia maquinaria propagandística de estos grupos e individuos de la izquierda norteamericana y las inmensas cantidades de dinero vertidas por millonarios de la izquierda, el cambalache pre-eleitoral a favor de John F. Kerry por parte de la mayoría de los medios de comunicación –como ejemplifican los casos televisivos de Dan Rather dando por verídicos unos documentos falsos sobre George W. Bush– y otras organizaciones sectariamente radicalizadas y vertebradas en torno a la iz-

quierda. Una mirada cuidadosa a la actualidad política norteamericana confirma la amenaza que supone la radicalización de la izquierda norteamericana y su capacidad para infiltrarse en las universidades, en órganos como el *New York Times*, en la gran mayoría de cadenas de radio y televisión. En esa misma línea de desmitificación de la hipocresía de quienes integran el Partido Demócrata y la izquierda norteamericana se han publicado varios libros, entre los que vale recomendar el de Peter Schweizer.

Sería necesario aquí traer a colación paradigmas concretos de cuanto apuntamos y que muestren la proyección de las izquierdas políticas en Estados Unidos y las acciones del Partido Demócrata. Dicha ejemplificación requeriría de otros artículos aparte en línea de lo que ya David Limbaugh ha calificado en un libro ejemplar como la bancarrota moral del Partido Demócrata por la influencia de la izquierda. La realidad es que el secuestro actual del Partido Demócrata, a manos de las agendas más radicales de las izquierdas disfrazadas de diligentes aseguradoras del Estado del Bienestar, es visible en muchos ámbitos de la vida pública. El Partido Demócrata está dividido no sólo sobre la cuestión de la Guerra de Irak, sino también sobre todo un conjunto de temas culturales, económicos, sociales y espirituales, desde el aumento de impuestos a la efectiva rebaja, desde el matrimonio homosexual al aborto, desde la inmigración a la seguridad nacional. El Partido Demócrata aprovechó en las elecciones de 2006 el desasosiego actual que vive en su interior el Partido Republicano, pero hubo de hacerlo a través de candidatos más cercanos al liberalismo conservador que a las izquierdas. Con todo, la izquierda norteamericana está intentando repetir la historia y sustituir Irak por Vietnam, crear un nuevo Watergate para destituir a George W. Bush y comparar el huracán Katrina con la Gran Depresión. En los grupos radicales ligados al Partido Demócrata se cobijan los viejos socialistas y las más lamentables patologías del antiamericanismo. Se habla de la cultura de la corrupción al referirse a la derecha, mientras el Partido Demócrata esconde sus propios esqueletos en el armario, desde políticos turbios como Jack Murtha o farsantes como William Jefferson a millonarios oportunistas como Al Gore o John Edwards. Los grupos de presión que apoyan a muchos de los políticos del Partido Demócrata buscan restringir y recortar las posibilidades de Estados Unidos para avanzar en la economía global a través de reclamos me-

dioambientales y medidas que impiden alcanzar la independencia energética, al tiempo que se impide la construcción de plantas nucleares y la extracción de petróleo en áreas como ANWAR o la costa de California. El líder de la mayoría demócrata en el Senado, Harry Reed, anunció hace unas semanas la definitiva pérdida de la Guerra de Irak por parte de Estados Unidos, un aspecto que confirma plenamente lo que David Horowitz ha diseccionado tan bien en su libro *Unholy Alliance*, respecto a la alianza moderna entre la izquierda norteamericana y el radicalismo islamofascista. Para las izquierdas, la actual lucha del yihadismo contra Estados Unidos y contra Occidente supone un primer paso en el desmoronamiento del sistema político liberal norteamericano. Significa, además, la posibilidad de un futuro cambio de régimen político en Estados Unidos y la creación de un clima de inseguridad y división interna que conviene mucho a las agendas de las izquierdas. Ante nuestros propios ojos, se está desarrollando una lenta y silenciosa revuelta contra el capitalismo y los valores democráticos norteamericanos. No querer verlo es negar una realidad y es repetir los mismos errores que llevaron a Europa a los totalitarismos en el siglo XX.

## FINAL

La izquierda está avanzando posiciones en la política norteamericana. Su avance radica en haber sido capaz de infiltrarse en el Partido Demócrata y hacerlo de un modo eficaz. Desde distintas posturas, lo que la izquierda norteamericana combate es el ideario auténticamente liberal que define el sistema político norteamericano, su democracia. La izquierda norteamericana está constantemente ajustando sus principios, ocultando sus verdaderas agendas para adaptarse a un lenguaje y a unas prácticas que oculten sus verdaderas intenciones. En ese perpetuo estado de reinención chocan con la estabilidad de los principios del ideario liberal de talante conservador que sostiene la derecha y una parte del Partido Republicano. Para las izquierdas, no hay nada tan nefasto como la estricta defensa que los principios liberales conservadores mantienen sobre la libertad individual, el gobierno limitado, el capitalismo, el Estado de Derecho, la fe en un ser supremo, la sociedad ciega al color de la piel, la seguridad nacional, la Constitución Americana y la independencia de poderes.

El paulatino intento de desestabilizar el sistema político norteamericano se observa, por ejemplo, en la reciente resolución aprobada en mayo de 2007 en el Senado del Estado de Vermont solicitando al Congreso federal en Washington un proceso de destitución del presidente George W. Bush. El que se considera el Estado más de izquierdas de la Unión, Vermont, realizó una votación histórica, donde la propuesta recibió 16 votos favorables por parte de senadores independientes ligados todos a la izquierda. Tampoco se olvide que en las elecciones intermedias de noviembre de 2006, Vermont eligió a un senador independiente, Bernard Sanders, que se autodenomina del “socialismo democrático”. Es cierto que buena parte de la izquierda internacional no considera real la existencia de una izquierda norteamericana. Sin embargo, hay movilizaciones internas desde distintos grupos para realizar un más completo asalto al seno del Partido Demócrata. El objetivo es aumentar paralelamente una suerte de izquierda “extraparlamentaria”, que amplíe su base de masas más allá de su base electoral original y que desarrolle una estrategia de poder estatal.

Aunque hoy muchos juzguen inviable el avance real de la izquierda en Estados Unidos, nuestra opinión queda aquí expuesta en cuanto a la obvia movilización política y la voluntad de acumulación desde debajo del poder político por parte de las izquierdas. Aciertan éstas al no imponer sus supuestos de golpe, como hicieron sus abuelos en los totalitarismos del siglo XX, pero su agenda se mantiene inalterable con la introducción de restricciones y regulaciones económicas propias del Gran Gobierno. Al cerrar esta primera década del siglo XXI, las dudas suscitadas en la opinión pública debido a la inestabilidad mundial provocada por el terrorismo global, así como por el rápido cambio del paisaje electoral a causa del fenómeno de la masiva inmigración resultan ser dos áreas que ofrecen campo abonado para el desarrollo de los objetivos de la izquierda en Estados Unidos.

La historia nos enseña que los grandes logros y avances de la humanidad no han venido nunca desde los idearios colectivistas y utópicos de las izquierdas. En Estados Unidos, fue la derecha política a través del republicano Abraham Lincoln quien firmó la Proclamación de Emancipación que otorgaba la libertad a los esclavos. Fue la derecha republicana la que logró la aprobación de la decimotercera enmienda, que abolía la esclavitud, la

decimocuarta enmienda, que garantizaba la protección de la igualdad de todos por ley, y la decimoquinta enmienda, que ayudaba a garantizar que los negros afro-americanos obtuvieran el derecho al voto. También fue la derecha republicana la que desempeñó un papel importante para lograr que las mujeres obtuvieran el derecho al voto y el primer partido que, ya en 1896, favoreció el sufragio femenino hasta que, en 1917, Jeannette Rankin se convirtió en la primera mujer elegida al Congreso, siendo, curiosamente, también republicana. Es por ello que el Partido Republicano debe asegurar el mantenimiento de sus principios y, en la medida de lo posible, establecer lazos con el ala verdaderamente liberal del Partido Demócrata y con políticos como Joe Lieberman, para recuperar los valores liberales de ese partido y volver a la tradición que se perdió en torno a 1970 en el seno del Partido Demócrata.

## OBRAS CITADAS

**ACEREDA, Alberto**

“Estados Unidos y España: visión transatlántica de las izquierdas”.  
*Grupo de Estudios Estratégicos*, 9 de junio de 2005.

**BUHLE, MARI JO, PAUL BUHLE & DAN GEORGAKAS, eds**

*Encyclopedia of the American Left*. Nueva York: Oxford University Press, 1998.

**GARCÍA-CERECEDA LÓPEZ, Susana**

*Herejes arrepentidos: la izquierda norteamericana en la primera mitad del siglo XX*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001.

**GOSSE, Van**

*Rethinking the New Left: An Interpretative History*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2005.

**HOROWITZ, David**

*Unholy Alliance: Radical Islam and the American Left*. Washington, D.C.: Regnery Publishing, 2006.

**HOROWITZ, David & RICHARD Poe**

*The Shadow Party*. Nashville: Thomas Nelson, 2006.

**LASCH, Christopher**

*La agonía de la izquierda norteamericana*. Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1970.

**LIMBAUGH, David**

*Bankrupt. The Intellectual and Moral Bankruptcy of the Democratic Party*. Washington, D.C.: Regnery Publishing, 2006.

**MALANGA, Steven**

*The New New Left: How American Politics Works Today*. Chicago: Ivan R. Dee Publisher, 2005.

**MARCO, José María**

*La nueva revolución americana.* Madrid: Ciudadela Libros, 2007.

**MILLER, Zell**

*A National Party No More.* Macon: Stroud & Hall Publishers, 2003.

**NEWFIELD, Jack**

*Una minoría profética: la nueva izquierda norteamericana.* Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 1969.

**RAND, Ayn**

*The New Left: The Anti-Industrial Revolution.* Nueva York: Plume, 1993.

**RORTY, Richard**

*Forjar nuestro país. El pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo XX.* Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1999.

**ROUSSOPOULOS, Dimitrios**

*New Left: Legacy and Continuity.* Montreal: Black Rose Books, 2007.

**SCHWEIZER, Peter**

*Do As I Say (Not As I Do).* Nueva York: Doubleday, 2005.

**WEINSTEIN, James**

*The Long Detour: The History and Future of the American Left.* Nueva York: Westview Press, 2004.

**YORK, Byron**

*The Vast Left Wing Conspiracy.* Nueva York: Crown Forum, 2005.